DIALOGOS DOCTRINALES.

DIÁLOGO PRIMERO.

DIOS!

Maestra. ¿Quién os puso en el mundo y os donó la existencia?
Niña. Dios me crió porque es bueno, y con su omnipotencia.
M. ¿Para qué fin os hizo Dios salir de la nada?
Objeto tener debe obra tan acabada!
N. Para que en esta vida sea el servirle y amarle,
Y en la otra, despues vaya á verle y á gozarle.
M. ¿Más este Dios quién es?
N. Es la causa primera,
El Autor infinito de la creación entera:
Él mandó, y á su acento las cosas fueron creadas,
Él dijo, y á su imperio fueron todas formadas.
M. Más ¿puede suponerse un cuerpo en Dios, sensible?

N. Nó: que es espíritu puro, simple é indivisible.
M. Mas cuándo comenzó? Tuvo primera edad?
N. Siempre fué y es ahora, será en la eternidad!
M. Donde habita?
N. Es inmenso, y subsiste en sí mismo,
En el cielo, en la tierra y hasta en el hondo abismo.
M. Si Dios todo lo llena y en todas partes mora:
¿Conoce mis acciones, me mira en cada hora?
N. Sí, Dios todo lo mira y á todo está presente.
Y todo lo gobierna con su mano potente.
M. Cuida Dios de nosotros?
N. De cuanto ha criado cuida.
Y mucho más del hombre á quien le dió alma y vida.
Su mano nos sostiene, y aun siendo pecadores.
Como es un Dios tan bueno nos colma de favores.

Fábula 13ª

El Pelícano y el Aguila.

Sobre la copa de un frondoso pino
Orillas de la mar
El sensible Pelícano vivía
En triste soledad.
Robóle el cazador con plomo impío
Los hijos de su amor,
Y de entónces los pájaros que lloran
Sus caros hijos son.
Al triste, al indigente y al enfermo,
A todos dá salud;
Á todos el Pelícano prodiga
Tierna solicitud.
Un día en que unas aves huerfanitas
Estaban á sus piés,
Y él vertía la sangre de sus venas
Para calmar su sed,
Un Aguila real, de entrañas duras,
Que acertaba á pasar,
Asombrada de tanto sacrificio
Clamó:—"¡Loco de atar!
"¡Por qué para endulzar agenos males
"Te expones á morir;
"Si esas aves, tal vez mañana ingratas,
"Se olvidarán de tí?
"¿No vez que el ser verdugo de tí mismo
"Es una atrocidad?

"Yo francamente, para ser verdugo,
"Lo soy de los demás."
—"Guarda, guarda, tirana de los aires,
"Ese instinto feróz,
"Que si tú siembras el dolor y luto
"Yo sembraré el amor."
—"¿ Y qué vas a ganar, tonta avecilla,
"Con ese proceder?"
"—El consuelo interior que goza siempre
"Aquel que ejerce el bien."
—"Ni riquezas, ni puestos elevados
"Alcanzarás así."
—"Tendré las bendiciones de los pobres,
"Y ellas me harán felíz."
—¡Buen provecho! no pienses que ninguno
"Quiera imitar tu afán."—
Y eso diciendo, se subió á las nubes
El Aguila real.
Entónces la avecilla bienhechora
Los huérfanos asió,
Y tornó á darles con sublime afecto
Sangre del corazón.

Esa Ave la ha esculpido en sus altares
La Santa Religión;
Esa Ave bienhechora es, hijos míos,
La pura imágen del divino amor.
¡Ay! adoradla y bendecid en ella
La caridad de Dios.
. . . . . .

José Salas.

19ª ADIVINANZA.

Soy vianda la mas sabrosa
Que se puede imaginar;
Carne mejor no has de hallar
Mas suave y mas delicada:
Ni se trincha ni se parte
Mas á todos se dá entera,
Y guisada en tal manera
Y con tan divina arte,
Que por fuera pan parece,
Mas carne y sangre te ofrece.
Quien no lo entiende hace rato,
O es muy tonto, ó muy.... ingrato!

20ª ADIVINANZA.

Parado estoy sin manto noche y día
En un rincón, ó echado contra el muro;
Ni me quejo, ni lloro ni murmuro,
Aunque esté abandonado en noche umbría.
Mas á media semana, ¡qué cantores!

Qué músicas, qué luces! cambio grato!
Con un velo de seda por ornato
Ya cubren mi cabeza de primores!
Dos graciosos infantes me reclaman:
En medio del concurso me hacen puesto,
Dos príncipes con traje bien compuesto
Cantan en mi cabeza, y me embalzaman:
Mas luego me descuidan, me abandonan;
Y otra vez ¡suerte ingrata! me arrinconan!

MORAL SAGRADA.

TEXTO PRIMERO.

PRUDENCIA É INSIPIENCIA.

La muger sábia y prudente
Va edificando su casa,
Mas la estulta é insipiente
Destruye la edificada. (*Prov. XIV. 1.*)

Edificar su casa, se entiende aquí, buenas niñas, no de la casa material de piedra, que no la trabajan mugeres, sino los albañiles; por casa se significa la gente ó la familia que vive dentro de ella, y quiere decir, que una muger discreta y juiciosa, con su trabajo, con su economía, con su

cuidado, conserva los bienes, educa á sus hijos, sabe llevar bien á sus criados, y tiene, en una palabra, á toda su familia perfectamente arreglada; pero al contrario, la muger necia, descuidada, floja, no sólo no hace cosa buena, sino que, aun lo que encontró bueno, lo echa á perder, "destruye la edificada," es decir, empobrece á su esposo ó hermanos, malea á los criados, tuerce la educación de los niños, se rodea de amigas necias como ella; que la ponen rematada en su locura. Sed, desde pequeñas, prudentes, juiciosas, enemigas de malas compañías, para que después os toque la primera mitad de este texto, y no os hiera la segunda.

MORAL SAGRADA.

TEXTO SEGUNDO.

IRA Y RIÑA.

A la muger litigiosa,
La Escritura la compara
A los techos que destilan (*Prov. XIX 13.*)
En gotera continuada. *Ib. XXVII. 15.*)

¿Habeis observado niñas, cuan molestas, cuan fastidiosas son las goteras, principalmente por la noche que no dejan dormir, con su ruido acompasado? Ellas pasan los techos, pudren las vigas,

cuartean las paredes y arruinan las casas. Pues así es una muger pleitista y querellosa: molesta, fastidia, hace irse á los criados, y acaba con la familia. Aprended desde luego á moderar vuestro genio; porque después será tarde; como se tapa pronto la gotera antes que haga un daño irreparable. En esta comparación, que dos veces repite el Libro sagrado, se nos ha querido dar á entender que dos males causa el caracter litigioso y turbulento de las mugeres: arruinar su propia casa, que es su propia alma y su conciencia, y molestar terriblemente á los demás, fastidiando con sus palabras airadas, y sus gritos, y sus gestos insufribles. Las mugeres iracundas, como las goteras, causan ruina y molestia; fastidian y dañan, enfadan y perjudican.

SABADO DECIMOTERCERO.

La Aparición guadalupana.

I.

El Tepeyac.—El indio Juan Diego.—La música maravillosa.—El coloquio de la Virgen.—El recado del enviado.

AHORA, mis amadas niñas, voy á referiros una historia, que no dudo vereis con mucho gusto, porque es la mayor gloria de nuestra patria, y de la Religión en México. En ella nos ocuparémos los sábados restantes y os ruego la atendais debidamente. A una legua poco más de la ciudad de México, hay un cerrito que los mexicanos llamaron en su lengua *Tepeyacac*, que quiere decir punta ó naríz de cerros, porque en él rematan los que le rodean.

En este sitio pues, pasaba lo que voy á referiros. Era un sábado, día 9 del mes de Diciembre, del año de 1531, como diez después de la conquista de este país por los españoles que trajeron la verdadera fé de Jesucristo, cuando un indio cándido y sencillo, llamado Juan Diego, recien bautizado, caminando de su pueblo para la ciudad, muy de mañana, con el fin de oir la Misa que, todos los sábados decían en su templo los religiosos de San Francisco, al pasar por el cerrito, escuchó de repente una música tan suave y deliciosa, que le llenó de dulce admiración; parecíale como el canto de muchos pájaros juntos que se correspondían unos á otros con suavidad y armonía inesplicable. Pasado un rato gustando de aquella consonancia arrebatadora, levantó á poco los ojos á la altura del cerro, de donde le parecía venir aquellos concentos celestiales. Presentóse entonces á sus ojos un arco iris de hermosísimos colores en cuyo centro se miraba una gran luz, y acercándose á ella confiadamente, descubrió en medio de aquel trono luminoso una Señora de sobrenatural belleza, de aspecto régio y glorioso, pero benigno y sonriente al mismo tiempo, circundado de rayos brillantes de luz, coronada con ellos la cabeza, y el manto azul salpicado de estrellas. Esta linda Señora, desplegando sus lábios, mas puros y bellos que los botones de nacaradas rosas, con una voz de dulzura infinita, llamó al neófito por su nombre, haciendo ademán de invitarle á subir al risco empinado cuya cima coronaba. Obedece gustoso Juan Diego, y al llegar á la presencia de la bondadosa Soberana, ésta le pregunta: Juan, hijo mío, adónde vas ahora? El encanto de esa voz celestial traspasa su corazón de júbilo indecible, pero un sentimiento de filial confianza le reanima, y responde. "Voy Señora mia á la doctrina que los Padres de San Francisco nos enseñan en Santiago de Tlaltelolco, y á oir la Misa de la Virgen, que se canta en su iglesia los sábados." "Sabe, hijo mío, prosi-

guió la Señora, que yo soy María Virgen, Madre del verdadero Dios; es mi voluntad que se me edifique un templo en este sitio, y en él me mostraré piadosa madre contigo y con los tuyos, y con cuantos me invocaren para remedio de sus necesidades. Anda al Obispo, dile lo que has visto y oido, y cómo es mi voluntad que se me edifique un templo en este lugar. Yo te agradeceré y pagaré con favores este obsequio.» El indio, encantado, subyugado, profundamente conmovido con la dulzura de aquel acento que le parecía muy mas suave que las músicas primeras, se apresuró gozoso á llevar el recado. Como embargado y fuera de sí, recorre la distancia que le separa de la ciudad, corre en busca del Prelado, y vencidas las dificultades que halló para hablarle, por fin llegó á su presencia, y narra sencillamente lo sucedido, y dió de parte de la Virgen María, Madre de Dios, el recado que le había sido encomendado. Este Obispo (pronto hecho Arzobispo) era un religioso franciscano de ciencia y gran piedad, que se llamaba Fr. Juan de Zumárraga, quien oyó al indio, sin parecer dar gran crédito á sus palabras, porque así lo aconseja la prudencia en esos casos, pero diciéndole que en otra vez, después de pensarlo, le daría la debida respuesta.

Muchas reflexiones podeis hacer, niñas cristianas en esta hermosa historia: la primera, la bondad de la Santísima Virgen en bajar á visitar nuestro suelo para traernos tantos bienes; la segunda, su benignidad en escoger por mensajero á un indio humilde y sencillo, porque ama mucho la sencillez y la humildad, y por eso debeis tratar de practicar esas virtudes; la tercera, cómo del mismo modo que el discípulo de Jesús, que nos representó á todos en el Calvario, recibiendo á María por su Madre, se llamaba Juan, así ahora, tanto el indio, como el Prelado lleban el nombre de Juan, como representando á todos los Obispos y á todos los fieles de la Iglesia mexicana; la cuarta, cómo el indio caminaba á oir Misa en sábado, y á estudiar la doctrina, dos cosas muy provechosas, en que debeis imitarle, pues muchas niñas se aplican en la escuela á varias cosas, pero miran con tedio y pereza la instrucción en la doctrina, que es mucho mas importante que todo, y muchas no van á Misa entre semana, ni aun siquiera los sábados en honor de nuestra Madre querida, por perezosas, y no querer levantarse temprano. Pero ya veis cuanto se agrada la Virgen Santísima con quien la honra el día del sábado, pues en él hizo la grande honra, y beneficio tan señalado á nuestra nación. La niña que sea verdadera devota de la Virgen María, que le reze cada día su rosario, que le consagre los sábados de un modo especial, logrará un día ver su amable hermosura, y escuchar su dulcísima voz, no por un rato como Juan Diego, sino siempre, siempre en el cielo.

Seguirémos esta historia en el sábado siguiente, mis amiguitas.

DECIMO CUARTO DOMINGO.

Vida de una santita de nueve años.

XIV.

Su heróica resignación enmedio de los más atroces dolores.—Accesos de tos horribles.—Va empeorando más y más.—Llévanla á la enfermería.

EL mal del brazo se agravaba más y más cada día; los dolores eran más y más vivos, y la pobre niña no podía ni dormir, ni comer, ni ocuparse en algún quehacer por ligero que fuese; y siendo tan amante del trabajo, el verse así forzada á estar sin hacer nada, le causaba alguna tristeza su estado. Con la esperanza de sanarla se le aplicaron toda especie de remedios; pero todo fué inútil, por lo cual se hizo necesaria una segunda operación.

Luego que vió al cirujano, comenzó á llorar la pobre niña, pues ya hemos dicho que la vista de un instrumento cortante le causaba gran miedo: sin embargo, unas pocas palabras bastaron para

decidirla á ese nuevo sacrificio, sufriendo la dolorosa operación sin dar ni un suspiro ni proferir una sola palabra, antes ni aun quiso que se le sostuviese el brazo enfermo.

Desde ese día, léjos de mitigarse sus penas, aumentaron de una manera espantosa, añadiéndose á todos los otros males una tos muy fuerte, diferente de la acostumbrada: los accesos siempre graves, eran mucho mas violentos hacia las ocho de la noche, continuando así por espacio de una hora sin la menor interrupción. Una noche le sobrevino esa tos una hora antes, y le duró cuatro horas enteras, con tal tenacidad y tan fuertes convulsiones que á cada instante creíamos verla ahogar: con gran trabajo se le hacía pasar alguna medicina con la esperanza de aliviarla un poco; pero, vana esperanza! La tos no cesaba, oyéndose hasta muy lejos los esfuerzos convulsivos de la pobre niña, lo cual destrozaba horriblemente nuestros corazones.

Admirémos aquí el poder de la gracia.

Siendo presa de tan atroces convulsiones, que aumentaban cada vez mas, con la herida del vientre abierta por la violencia de la tos, y el paladar irritado por tantos remedios, no se notaba en la heróica niña ni el menor acto de impaciencia, ni una lágrima ni un gesto ni otra señal cualquiera que pudiese trasparentar una sombra de disgusto ó fastidio por tantos padecimientos. Siempre con calma y tranquilidad, apenas pasaba el acceso continuaba la conversación con tanta dulzura y paz, como si no hubiera sufrida nada.

—He servido muchos años en la enfermería, he asistido muchas hermanas, he visto padecer con una fé y una paciencia admirables; pero con tanta calma en una edad tan tierna; eso es muy sorprendente! Así hablaba una hermana que acompañaba á la enfermera, y su emoción era tan grande, que no pudiendo dominarla se derretía en lágrimas.

En fin, á una hora avanzada de la noche se pudo dormir la pobre enferma; y al despertar dijo á la hermana:

—Anoche, cuando tenía tos y tú me dabas remedios tan malos y tan amargos, yo los tomaba con gusto, porque pensaba, constantemente en la hiel que Jesús gustó por nosotros, así no me parecían amargos ni malos sino muy buenos.

El estado de Josefina empeoraba de una manera sensible, por lo cual necesitaba de una asistencia especial.

—Hija mía, le dije, ¿no quisieras ir á la enfermería?

—Lo que tú quieras mamá, respondió con la dulzura de un angel, eso quiero yo: haz lo que te agrade, querida mamá, lo que complace á mi mamá eso me complace á mí.

Dos días después la hice llevar á la enfermería, donde permaneció hasta su muerte. He aquí á nuestra amada Josefina tendida en su lecho como en una cruz, inmovil hacía ya diez dias: una hinchazón extrordinaria y verdaderamente monstruosa había puesto su cuerpo inconocible; con

gran trabajo y á costa de agudos dolores lograba mover la mano izquierda; progresando sus males con convulsiones y variaciones contínuas, no se sabía ya que hacer para darle algún alivio.

A consecuencia de la excesiva hinchazón del cuerpo se le habían formado varias llagas que le supuraban con abundancia: cruel tormento, sólo su vista recordaba á Job. Ocho aberturas deformaban su cuerpo, y el resto parecía en plena disolución: entonces ¿cómo hacer para no lastimarla en los servicios mas indispensables?

Lo que tuvo que sufrir en ese estado, no cabe expresarlo: dolores muy agudos en las entrañas y en el cerebro, desvanecimientos contínuos, vómitos violentos y calosfrios seguidos de ardientes calenturas: he aquí su pan de cada día, he aquí el lastimoso espectáculo que desgarraba nuestros corazones y llenaba nuestros ojos de lágrimas.

Crece, niñas, la paciencia de nuestra enferma á medida que van creciendo sus sufrimientos: ya porque Dios vá dando mayor gracia á medida que mas el hombre la necesita, ya sea que la misma virtud, con el ejercicio, en la misma enfermedad se vá aumentando y perfeccionando. Sabed que en el padecer, es en donde se afina y se acrisola la virtud del cristiano, y preparaos para cuando el Señor os visite con las penas.

LOS ANIMALES.

XIV. De las arañas.—Sus telas: unas en el agujero, otras en el aire.—El cazador.—Sitio que escoge.—Detalles de la caza.—La divina Providencia.

En esta misma cuenta y para este mismo fin, que dijimos, sirven las arañas, pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Criador les dió para mantenerse. Su mantenimiento es la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela mas sutíl que cuantas se tejen en el reino de la Cambaya, sin otra materia más, que la que sacan de su mismo vientre, el cual, con ser tan pequeño, basta para dar hilaza á tan grande tela como á veces hacen. Pues con esta tela cerca el araña el agujero donde está escondida como espía ó como salteador de caminos que espera el lance para saltear y robar. Y cuando la mosca inocente de tales artes se asienta en aquella tela y embaraza los piececillos en ella, acude el ladron á gran prisa, y enlázala por todas partes para tenerla mas segura. Y esto hecho, salta sobre ella, y chúpale la sangre de que se mantiene.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echándo los hilos sobre que la han de fundar en las ramas de algún árbol, y sobre éstos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de

un pescador ó cazador, y puestas ellas en medio esperan el lance de la casa, y corren por aquellos hilos tan delgados, como si corriesen por alguna maroma, y así prenden la caza. Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en que se ponen, que es en el punto ó centro de aquella circunferencia, á donde van á fenecer y juntarse todas las lineas que ella tiene echadas al rededor. De donde viene á ser que en ninguna de ellas puede tocar la mosca, que ella en ese punto no lo sienta, y corriendo por la misma linea, no la prenda. ¿Cuántas cosas hay aquí que considerar, y en que ver el artificio de la Divina Providencia? ¿qué red tan perfecta? ¿qué hilos tan delicados? ¿qué cerco tan proporcionado? ¿qué puesto tan bien escogido para la caza? Mas todo esto á mí se dice, conmigo habla, porque por lo demás, poco caso había de hacer el Criador de las arañas.

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra; el cual emparamentan al rededor con muchas telas, unas sobre otras, para que la tierra que se podría desmoronar no ciegue su casa y las entierre vivas. Pero otra cosa hay en ellas mas para notar, y es que hacen un tapadero con que cubren la boca de este nido, que será de la hechura de un medio bodoque, y hácenlo de un poquito de tierra, vistiéndolo de tantas telas ó camisas al rededor que viene á sujetar con la boca de él tan perfectamente, que apenas se diferencía de la otra tierra vecina. Y lo que es de más admira-

ción y artificio, estas camisas se prenden y continúan por una parte con las otras telas de que todo el nido está vestido. De suerte, que sirve este prendedero como de un gozne, para que esté continuada la tela de esta compuerta por una parte con las de dentro. Pues ¿quién pudo enseñar á este animalejo á guarnecer y entapizar su casa, y ponerle sus puertas con tan gran primor, sino quien lo pudo criar? Dirá alguno, muy menudas son estas cosas que tratáis, habiendo tomado á cargo tratar de la creación del mundo. A eso responde Aristótoles en su libro de los animales, diciendo que en los mas pequeños de ellos resplandece más una semejanza del entendimiento, que en los otros. De modo que cuanto ellos son menores y mas viles, tanto mas declaran la omnipotencia y sabiduría de aquel Señor que en tan pequeños cuerpezuelos puso tan estrañas habilidades: y tanto más declaran las riquezas de su providencia: pues no faltan á tan viles y pequeñas criaturas en todo aquello que es necesario para su conservación. Por donde entenderemos cuanto mayor cuidado tendrá de proveer á las cosas mayores quien tan grande lo tiene de las menores, y tanto menores. Y no es menos de notar de la manera que unas arañuelas tamañas como unas moscas, cazan las mismas moscas, sin tener alas como ellas. Porque cuando ellas están paradas, acométenlas á traición, llegándose á ellas poco á poco por las espaldas; mas con tal aviso, que cuando la mosca se menea, ella le hurta la

vista con gran ligereza: y cuantas veces se menea, tantas hace lo mismo; pero de tal manera, que hace de una vía dos mandados; porque húrtale la vista, y siempre va acercándose á ella; hasta que finalmente llega á estár tan cerca, que de un salto dá con ella y la prende y come. Cosa es esta, que muchos la están mirando, no sin gusto y admiración de la industria y arte del cazador: y hasta San Agustín cuenta esto de sí en sus Confesiones.

(Fr. Luis de Granada.)

Fábula 14ª

La Oración.

Decid, auras bulliciosas,
Que os meceis entre las ramas,
¿A do van vuestros suspiros
Al dispertar la mañana?
—"Van al cielo:" Contestaron
Las mumuradoras auras.
Díme, cándida avecilla,
Que vive en la enrramada;
¿Para quén son esas trovas
Que tan dulcemente cantas?